

## CAPITULO VII

MARTÍN BUENAVENTURA

Pudo al fin el cliente dominar la tos, y vió á Luis en la puerta.

Al verlo se puso de pie y le hizo una profunda reverencia, á la cual el abogado contestó invitándole á que pasara á la antesala.

Martín Buenaventura descubría al golpe, en su vestido, que no eran los bienes de fortuna en lo que más le había favorecido la suerte. Su levita raída, su sombrero tornasolado, sus pantalones descoloridos y sus grandes zapatos de larga hoja de servicios indicaban claramente la estrechez de su situación.

En cambio se observaba en toda su persona esa limpieza que constituye todo el lujo de los pobres, y aun había hasta esmero en su *toilette*. Los puños de su camisa blanqueaban en las bocamangas de la levita, y el cuello, escasamente almidonado, se doblaba sobre la corbata, en cuyo lazo habría sido posible advertir cierta coquetería.

La cara, completamente afeitada, no disimulaba los estragos del tiempo, y los ojos, cansados de ver las ingratitudes del mundo, se ocultaban algo temerosos detrás de los cristales de unas gafas montadas en acero.

No se podía decir que su cabeza fuese venerable, pero la había ya blanqueado la escarcha de los años, y eso siempre infunde respeto, ó, por lo menos, debe infundirlo.

Era más alto de lo que aparentaba; pero, ya se ve, ¡oprima tanto el peso de la desgracia!.. ¿Y qué hacer más que doblar la cabeza ante la suerte?.. Ello es que sus hombros se erguían un tanto con cierta resignación, y su cuerpo se encorvaba ligeramente como si quisiera decir: «¡Paciencia!»

Tal era, en conjunto, el exterior de este nuevo cliente.

Luis despejó la puerta para que pasara á la antesala, y él, haciendo otra reverencia, entró.

Luis le hizo sentar, preguntándole:

— ¿El Sr. Buenaventura?..

— El mismo — contestó con una tercera cortesía. — Ese es mi nombre, pero debo advertir, que no es el nombre que más propiamente me corresponde. ¡Yo Buenaventura!.. Esta es una irrisión más de mi suerte. Sin embargo, no me quejo, trampeo la vida, y aunque arrastrando, vamos viviendo. Yo solo, sería un príncipe; mas con cinco hijos, ¿qué quiere usted que haga?.. Es preciso que no vayan completamente desnudos, y que coman, siquiera para no morir.

— Comprendo — dijo Góngora. — Usted desea algún socorro...

— No, no — se apresuró á decir. — No rehusaría una limosna en el último extremo; pero, perdone usted, los pobres tenemos también nuestra vanidad, y mientras yo pueda ir tirando con mi trabajo, no me resignaré á recibirla.

— En ese caso — replicó Luis, examinando más atentamente al personaje que tenía delante, — deseo saber en qué puedo yo serle útil.

— En verdad — contestó — no me trae aquí una cuestión rigurosamente jurídica, porque no está previsto el caso en nuestras leyes, y los tribunales resolverán siempre mis reclamaciones con un *visto*. No obstante, caballero, hay en esta cuestión un gran pleito.

— Veamos el caso — dijo Góngora.

— ¿Molesto? — preguntó el cliente.

— No... — respondió Góngora con sonrisa de benevolencia.

— Volvió á sentarse, diciendo:

— Sí, señor, hay en mi asunto un gran pleito... ¡Frieral.. Un pleito eterno, que ha tomado en nuestra época un aspecto terrible... No extrañe usted las generalidades con que empiezo, porque ya sabe usted que debe discurrirse partiendo de lo general á lo particular.

Desde luego al letrado le pareció el Sr. Buenaventura un personaje algo original, bastante suelto de lengua, y con sus pretensiones, digámoslo así, filosóficas, y no teniendo nada que replicarle, se inclinó, como asintiendo á sus palabras.

Él siguió diciendo:

— Ante todo es preciso fijar el punto de partida, y convenir, Sr. D. Luis, convenir en lo *necesario*.

— Muy bien — dijo Góngora; — establezcamos el punto y veamos si convenimos.

— Eso es — afirmó el cliente; — concretemos el caso. En una sola pregunta está concluído, y la pregunta es ésta: ¿Tengo yo derecho á vivir?

— ¡Derecho! — exclamó Góngora. — Poco á poco. Derecho no es la palabra exacta...; más que derecho, tiene usted el deber de vivir.

— ¡Deber!.. ¡Deber!.. — repitió lentamente como quien pesa el sentido de la palabra. — Mejor, tanto mejor, *Pro me laboras*. Mas aquí nos sale al paso una dificultad, porque..., hablemos claro, vivir no es una cosa tan fácil. Ya sé, ya sé que la naturaleza nos ha provisto en abundancia de aire para que respiremos, y que el sol, sea como quiera, sale al fin para todos; pero hasta ahora para respirar es preciso comer, y, eche usted por donde quiera, no se puede tomar



AL VERLO SE PUSO DE PIE Y LE HIZO UNA PROFUNDA REVERENCIA

el sol sin resguardar el frágil barro de esta miserable carne con algún vestido. Va usted á decirme que hay establecimientos de beneficencia, que hay inclusas, hospicios, casas de misericordia... Las hay; mas para encontrar un refugio en esos asilos, es preciso carecer absolutamente de todo, no tener ni una miga de pan que llevarse á la boca, ni un andrajo con que cubrir el cuerpo: ese es el caso de la última y extrema miseria, y en verdad no es ese mi caso.

Luis, acostumbrado á los largos relatos de sus clientes, había adquirido la paciencia de oír, y para no hacer interminables estas audiencias, tenía por sistema no interrumpirles. Así es que el Sr. Buenaventura podía despacharse á su gusto, tanto más cuanto que el abogado lo oía, no sólo con paciencia, sino con curiosidad, esperando saber adónde iba á parar con tan minucioso exordio.

El Sr. Buenaventura respiró para tomar aliento. Dejó correr por sus labios un movimiento que pudiera pasar por una sonrisa, y asegurando las gafas sobre las sienes, siguió hablando de esta manera:

— Mi caso, Sr. D. Luis, no es tan desesperado, y por lo mismo es más grave. Yo no soy, rigurosamente hablando, un pobre de solemnidad; mas si usted me apura, le diré que soy mucho más pobre. Poseo un pequeño patrimonio, una miga de pan que llevarme á la boca, un andrajo con que cubrir mis carnes. No es la agonía rápida, es la agonía lenta; no me muero en el acto, si no que me voy muriendo poco á poco. Para cumplir con la obligación que tengo de vivir, necesito doblar mi patrimonio, y este es mi pleito.

Dicho esto, calló, y al través de los anteojos clavó su mirada en Góngora, como quien espera una respuesta.

— No veo — dijo éste — motivo alguno de pleito en lo que acaba de exponerme. Usted desea doblar su patrimonio; muy bien, ¿quién se opone á que lo doble?

— Ese es el *quid* — contestó; — ha puesto usted el dedo

en la llaga. Se opone á que doble mi patrimonio la parte contraria.

— ¿Hay parte contraria?..

— Por supuesto.

— ¿Y con qué derecho se opone la *parte contraria* á que usted mejore su patrimonio?

— ¡Ah, señor! — contestó el cliente, — con un derecho incontestable...

— Entonces...

— Pues...

— No hay derecho contra derecho.

— Esa es la cuestión.

— ¿Y bien?..

— Verá usted. La parte contraria...

— ¿Qué?

— Es poderosa.

— ¿Sí?

— Sí.

— ¿Mucho?

— Mucho.

Luis movió la cabeza de un lado á otro, movimiento con el que indudablemente quería decir: «Pues... lo de siempre.»

— Pero en fin — preguntó, — ¿cuál es su derecho?

— ¡Hum!.. — exclamó el Sr. Buenaventura. — ¿Su derecho?.. Hay que confesar que es un derecho legítimo, pero ahí está la dificultad del caso.

Luis empezó á advertir que aquella consulta iba á ser interminable, y le dijo:

— Desearía que se tomara usted la molestia de ser más explícito.

— Perdone usted — replicó el cliente, inclinándose con humilde cortesía. — Mi asunto en sí es insignificante; mas conviene que se vea en toda su importancia, para que pue-

da usted apreciar bien el punto concreto que he venido á consultarle. Por eso me he permitido establecer estos antecedentes, á mi juicio necesarios.

— Veamos el punto concreto — dijo Luis.

— Es muy sencillo — añadió el cliente: — mi patrimonio consiste, en primer lugar, en esa hermosa letra con que ha visto usted escrito mi nombre, que yo mismo he trazado. Letra española, igual, limpia y clara, cuyo encadenamiento le habrá advertido á usted que la pluma corre fácilmente en mi mano. Poseo además algunos conocimientos jurídicos, cierta práctica de los negocios... En fin, cuento con mi actividad, con mi buena salud... En una palabra, con mi trabajo... Pero..., permítame usted; mi trabajo ha disminuído mucho de algunos años á esta parte, y es claro, los rendimientos han ido reduciéndose. Pretendo, pues, doblar el trabajo para aumentar los productos. ¿No estoy en mi derecho?..

— Sin duda — contestó Luis, — nada más justo; mas ¿quién se opone á ello?

— Creo que ya lo he dicho; la parte contraria.

— Pero bien, ¿esa parte contraria es acaso un fantasma?

— No — contestó; — tiene una realidad efectiva, incontestable. ¡Ya lo creo!.. Es una potencia.

— Désignela usted con su nombre propio.

— Su nombre propio es este: *capital*. Más claro, *dinero*. Capital insaciable de ganancia; saco roto que nunca acaba de llenarse; mano de hierro que oprime al trabajo; prensa que exprime el sudor del pobre, en atención á que el sudor del pobre es oro. ¿Qué tal? ¿No hay aquí un pleito pavoroso?.. De una parte el capital implacable, de otra el trabajo haraposado, enflaquecido hambriento. Allí el lujo, aquí la miseria... De un lado los que trabajan, de otro lado los que gozan.

Al llegar aquí se detuvo, bien porque hubiese agotado

su elocuencia, bien porque necesitara aquel espacio para saborear el éxito de sus palabras.

Luis lo contemplaba con mirada compasiva. Creía ver en él uno de esos infelices, cuyas cabezas ha trastornado la lectura de tantos periódicos, que, en uso de la licencia concedida á todos los delirios y aun se puede decir á todos los crímenes, van encendiendo en la ignorancia y en la miseria de las últimas clases las más odiosas pasiones.

En honor de la verdad, el Sr. Buenaventura no ofrecía el aspecto patibulario de un demagogo más ó menos furibundo; antes bien el lector habrá colegido del ligero dibujo que de su persona hemos hecho, que más parecía un hombre de costumbres pacíficas, de carácter poco enérgico y de condición sumisa, pero las estrecheces de la pobreza le habían sugerido *la funesta manía de pensar*, y era un *socialista* hecho y derecho, algo *ideólogo*, en fin, un *socialista* poco temible.

— No crea usted — siguió diciendo — que yo niego, hasta cierto punto, el derecho del capital á explotar el trabajo; pero urge fijar un punto que tenga en equilibrio á estos dos grandes elementos; es preciso que una ley ponga límites á las ambiciones del capital, y regule las pretensiones del trabajo.

Luis contestó:

— Esa ley ya existe.

— ¿Dónde? — preguntó el cliente.

— En el código divino, donde están substancialmente contenidas todas las leyes humanas, necesarias y justas.

El Sr. Buenaventura miró á Luis al través de sus anteojos, dejando traslucir cierta sonrisa incrédula.

— Sí — añadió el jurisconsulto. — Es la ley eterna que ordena á los pobres la paciencia y la caridad á los ricos.

— No me opongo. La paciencia y la caridad son dos grandes virtudes..., pero es el caso que no están contenidas

en el Código civil; ni la falta de caridad ni la falta de paciencia tienen pena alguna señalada en nuestras leyes, y vaya usted á obligar á los unos y á los otros á que se contengan en los límites justos.

Luis replicó:

— Esos límites los señala la propia conciencia.

— ¡La conciencia propia!.. — repitió el cliente. — Muy bien; y entre tanto el capital es cada día más codicioso, más avaro, más sediento de ganancia, y el trabajo se hace á su vez más exigente, más imperioso. Las *huelgas* tienen el inconveniente del hambre; pero todo se andará, y vendrá el conflicto.

— Sí, vendrá — dijo Luis; — y ese será el castigo para los unos y para los otros, porque no hay capital para sobornar á la justicia divina, ni hay turba desenfrenada que pueda suspender el rigor de sus sentencias.

— ¡La justicia divina!.. — exclamó el Sr. Buenaventura.

Había en esta exclamación un acento de amarga incredulidad que causó en el ánimo del abogado una impresión muy triste, aumentándose el extraño interés que tan raro personaje le inspiraba.

Hasta entonces la locuacidad imperturbable de que hacía alarde, sus pretensiones de dogmatizador y de filósofo, le daban un aspecto cómico, y aun podré decir hasta simpático, porque sea como quiera, había humildad en su presuntuosa suficiencia; y aunque su elocuencia no pasaba de la fraseología corriente en las columnas de los periódicos avanzados, no dejaba de ser insinuante. Mas la incredulidad que acaba de descubrir causó en Luis, como he dicho antes, un efecto tan desagradable que no pudo disimularlo.

Desde el primer momento había compadecido á aquel singular cliente, interesándole la pobreza de su aspecto, mas ya le parecía más digna de interés y de compasión la miseria en que se hallaba sumergido su entendimiento; así

es que se dejó ver en su semblante un gesto de verdadera lástima.

Por su parte el Sr. Buenaventura guardó silencio, y aprovechando un instante en que Luis parecía distraído, guiñó el ojo derecho debajo del cristal de las gafas, como si hubiera querido decirse á sí mismo: «Ahí le duele.»

Luis cortó el rumbo que había tomado la consulta, diciendo:

— Nos hemos alejado poco á poco, y cada vez más, del objeto de esta entrevista, y todavía no sé qué asunto es el que ha venido usted á consultarme.

— ¡Oh! — exclamó el cliente. — Han sido digresiones necesarias. Ya conocemos el caso en toda su importancia. Veámoslo ahora reducido á las exiguas proporciones de mi humilde persona. Usted, Sr. D. Luis, representa el capital, el capital de la profesión y del talento: éste es el taller donde usted, como Júpiter, prepara los rayos de elocuencia con que ilumina la conciencia de los jueces. Yo soy el trabajo manual, mecánico, minucioso. Usted viene á ser, en cierto modo, mi parte contraria, y yo vengo á proponerle una transacción. Los términos son bien explícitos. ¿Necesita usted una mano que escriba?.. Pues bien, Sr. D. Luis; aquí está la mía. Estoy íntimamente persuadido de que no reñiremos por el salario.

Luis estuvo á punto de soltar la carcajada... Tantos preámbulos venían á parar en que el Sr. Buenaventura buscaba una plaza de amanuense en el bufete del abogado.

— Hablando de ese modo — dijo, — nos habríamos entendido hace mucho tiempo. Mas sea como quiera, me parece que esta vez no ha de resultar conflicto alguno entre el capital y el trabajo. Se encargará usted de ordenar los volúmenes de mi biblioteca, de escribir mi correspondencia, de extractar los documentos demasiado extensos; en una palabra, va usted á ser mi secretario. ¿Acomoda?

— ¡Con el alma y con la vida! — exclamó el pretendiente. — Por corta que sea la retribución que usted me señale, para mí es un gran negocio. Ya ve usted, es preciso vivir, es preciso buscarse la vida..., los tiempos son malos, los años pasan, viene la vejez, y si se ahorra una peseta, eso se encuentra uno cuando los ojos empiecen á obscurecerse y á temblar las manos; porque, ¡canastos!, Sr. D. Luis, hoy se pasa..., pero ¿y mañana?.. Hay que pensar en mañana... ¡Secretario del primer jurisconsulto del colegio de Madrid! ¡De la primera toga del foro español! ¡Friolera! Hágase usted cuenta que he metido la mano en una bolsa llena de oro. Vamos, es lo mismo que si me hubiese caído la lotería.

De este modo expresaba el Sr. Buenaventura el regocijo de que se sentía poseído, acompañando sus palabras con una sonrisa que daba á su boca cierta expresión astuta.

— Soy su secretario — siguió diciendo, — y desde este instante no debo tener para usted ningún secreto. Ha llegado á mis noticias la fama de que usted goza, y he dicho: Vamos á llamar á esta puerta que, según dicen, nunca está cerrada..., y sin más recomendación que mi buena letra, sin más influencia que la de mi humilde persona, sin más títulos que la cédula de vecindad que traigo en el bolsillo y que usted puede ver con sus propios ojos, he venido, la verdad, sin confianza; mas *post nubila Phæbus*; después de la obscuridad la luz. Confieso mi engaño, y exclamo: ¡*Aun hay patria, Veremundo!*.. Sí, Sr. D. Luis; reconozco y confieso que hay una Providencia. ¡Oh, sí, vaya si hay una Providencia!

La sonrisa que antes hemos advertido en el Sr. Buenaventura se fué acentuando poco á poco; y al llegar á las últimas palabras que hemos oído en su boca, era ya una especie de carcajada mal contenida.

Por lo visto, le era habitual aquel modo de expresar la alegría, y aun es probable que al verse tan agradablemente desengañado se riera de sí mismo.

Por lo que hace á Luis, también celebraba el caso con media sonrisa, pensando quizá cuán fácil es volver al corazón de un pobre la esperanza perdida.

— Pasemos al despacho — le dijo.

Y el cliente, siguiendo á la *parte contraria*, entró en el despacho, y sus ojos lo recorrieron con mirada rápida que detuvo en los diferentes papeles que había sobre la mesa. No obstante, más parecía que su atención se había fijado en el cuadro de Salomón, pues dijo:

— ¡Hola! Aquí está representada la sabiduría y la justicia. Lienzo anónimo. Escuela de *Juan de Juanes*.

— ¡Bravo! — exclamó Luis. — ¿También es usted aficionado á las artes?

— No — se apresuró á contestar. — Es que mi cabeza se parece á un cajón de sastre; en ella hay de todo un poco. Ya se ve, ¡ha rodado uno tanto por el mundo!. Me entretienen los museos, me gustan las bibliotecas; pero mi pasión, mi verdadera pasión son los archivos. La letra manuscrita me encanta. Si yo hiciera alguna vez una colección sería de *autógrafos* originales, auténticos. La letra impresa la lee cualquiera, lo mismo un niño que un hombre, lo mismo un ignorante que un sabio; mas delante de un manuscrito parece que estamos más cerca de la persona que en él habla; parece que sorprendemos un secreto ó que recibimos una confidencia; y si hay palabras ininteligibles, abreviaturas indescifrables, entonces el placer de descubrir el sentido que encierran sólo equivale al que experimentaríamos Colón al descubrir el Nuevo Mundo.

Ambos interlocutores guardaron silencio, sin duda porque el abogado no tenía nada que replicar, ni nada que añadir el Sr. Buenaventura.

## CAPITULO VIII

V. C. F. M. 63

Luis comenzó á pasearse de un extremo á otro del despacho con el aire meditabundo con que le vimos antes de recibir la visita del Sr. Buenaventura. Éste, por su parte, permanecía en la más respetuosa inmovilidad, pues sólo se permitía dar vueltas al sombrero y pasear los ojos por los papeles extendidos sobre la mesa, siempre que Luis le volvía la espalda. No se atrevía á dejarse llevar de su pasión por los manuscritos, temeroso de incurrir en una falta de respeto, y los examinaba á *hurtadillas*, como si aquellos papeles ejercieran sobre sus ojos una atracción irresistible.

Cuando el jurisconsulto se presentaba de frente, las miradas del Sr. Buenaventura se hallaban inocentemente entretenidas en contar los dibujos de la alfombra que revestía el pavimento; pero en cuanto daba la vuelta se lanzaban sobre los papeles, como un gato sobre su presa.

Todos los que sientan el imperio de alguna afición dominante comprenderán, más aún, excusarán esta especie de inocente alevosía con que el Sr. Buenaventura escudriñaba con los ojos aquel pequeño archivo esparcido sobre la mesa. Tal era su particular predilección por los manuscritos.

Indudablemente su vista no alcanzaba á distinguir bien las letras trazadas sobre las carpetas de los legajos, pues